

Rubens Bayardo

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS, ÁREA ANTROPOLOGÍA, UBA. DOCENTE E INVESTIGADOR EN ECONOMÍA DE LA CULTURA, POLÍTICAS CULTURALES Y GESTIÓN CULTURAL. DIRECTOR DEL PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA DE LA CULTURA, FFyL-UBA. DIRECTOR DEL PROGRAMA DE ESTUDIOS AVANZADOS EN GESTIÓN CULTURAL, IDAES-UNSAM

En este trabajo discutimos algunos aspectos de los indicadores culturales y su relación con las políticas culturales desde una perspectiva latinoamericana en la economía cultural contemporánea. Retomamos planteos conceptuales de alcance global para considerarlos en contraste con la diversidad y peculiaridades de esta región, cuyas actividades y procesos culturales, marcos normativos y organizativos, desarrollos institucionales y económico políticos, divergen de los contextos de los “países avanzados” donde suelen formularse las teorías legitimadas. Nos interesamos por los indicadores culturales en su condición de parámetros específicos relacionados pero a la vez distintos de las informaciones culturales, las estadísticas, los sistemas de información, las cuentas satélite de cultura. Nos hemos ocupado de las políticas culturales en otros textos (Bayardo 2007, 2008a y 2008b), baste señalar aquí que las concebimos como conjuntos estratégicos de intervenciones en el área, que operan sobre contenidos y desarrollos simbólicos, inseparables de condiciones de existencia e impactos económicos. A la vez entendemos que en la actualidad las políticas “políticas”, las “económicas” y otras (salud, educación, seguridad, planeamiento urbano y regional) resultan ser políticas “culturales” que omiten consideraciones específicas de esta dimensión (Miralles 2006). Por ello nos preocupa la validez cultural de “mediciones” y parámetros que son tan necesarios como problemáticos para el diseño, implementación, evaluación y seguimiento de las políticas culturales. Nos

referimos a las dificultades para delimitar y medir lo cultural, inclusive acotándolo al “sector cultura” (Cardonna y Rouet 1987, Achugar 2003). También a lo criticable del nuevo paradigma del “desarrollo cultural sustentable” (con sus lastres colonialistas y el economicismo del “crecimiento”) donde ha florecido el interés por los indicadores culturales.

LOS INDICADORES CULTURALES: ¿QUÉ Y PARA QUÉ?

Los indicadores culturales son datos construidos a fin de proporcionar información descriptiva y evaluativa relevante de actividades, programas, dominios y/o el sector cultural en su conjunto, los que brindan un conocimiento específico sobre aspectos concretos del mismo y favorecen la toma de decisiones informada y el establecimiento de políticas (Fukuda Parr 2000). En este sentido, los indicadores involucran la interacción de investigadores y de decididores o de gestores culturales, lo que desde un comienzo plantea una relación tensionada por intereses y ritmos no necesariamente coincidentes. El interés desinteresado de la investigación por un conocimiento reflexivo producido en los ritmos lentos de la pesquisa contrasta con los intereses políticos en la acción más o menos inmediata y los ritmos usualmente acelerados de la gestión.

Los indicadores culturales pueden ofrecer informaciones elaboradas sobre diversos aspectos de la cultura: bienes como libros,

revistas y artesanías, servicios culturales como archivos, bibliotecas, museos y teatros, industrias culturales como el cine, la radio y la televisión. También pueden referir a otras actividades como ferias, festivales, festividades y espectáculos callejeros gestionados por la administración pública o privada o por las mismas comunidades. Por otro lado se impone tener en cuenta que en la dinámica del sector cultural la propia creación amplía de continuo el rango de los bienes y de los servicios producidos, cual es el caso del arte web, blogs, podcasts. Asimismo una conceptualización desde la perspectiva del desarrollo cultural implica ampliaciones aun mayores, usualmente mas alegadas que practicadas, pero que a la vez son parte de horizontes próximos, como las intervenciones sobre la diversidad cultural o la convivencia pacífica (McKinley 1999).

En tal sentido consideramos que las mediciones y los indicadores culturales deben pensarse siempre como encuadres provisionales, y que datos tales como la cantidad de libros de una biblioteca deben completarse con otros cualitativos como la actualidad y variedad de los mismos, las consultas o préstamos que convocan. Un paso más allá entendemos de rigor la elaboración de indicadores que ponderen la accesibilidad equitativa para distintos sectores de la población, la participación de los usuarios en los procesos de conformación de los acervos, la capacidad de estos para responder adecuadamente a la diversidad de aspiraciones y expectativas.

La investigación cultural suele abarcar espacios más amplios que los que aquí mencionamos, y detenta líneas de trabajo también mas extendidas, en tanto se orienta por nociones socioantropológicas de cultura y por encuadres conceptuales transdisciplinarios. Con frecuencia el espacio que ocupa es el de la academia desgajada de la intervención, o bien el del pensamiento y la intelección de problemas que ilustran políticas o acciones con las que poco tienen que ver en su definición primaria. Desafortunadamente la difundida concepción que opone cultura y economía como espacios de lo espiritual intangible y de

lo material tangible respectivamente, también contribuye a que en este tipo de investigación cultural no se destaquen abordajes que proporcionen cifras, estadísticas, indicadores, evaluaciones y recomendaciones, los que permitirían establecer un diálogo con los decididores orientado a la intervención informada (Achugar 1999).

El tema de los indicadores culturales resulta relativamente novedoso en América Latina, donde se entremezclan los balbucesos conceptuales y/o prácticos de investigaciones que comienzan abarcando aspectos parciales, con la novedad aun incierta en la gestión de una institucionalidad relativamente inestable. Este último es un dato sustantivo pues como señala Fukuda Parr “los indicadores son instrumentos de diálogo para establecer las políticas y hay que distinguirlos de los datos estadísticos. Deben contener elementos de evaluación y no solamente de descripción” (2000:293 n/traducción). En este sentido estimamos que los contextos regionales, nacionales y locales no pueden ser ignorados a

la hora de considerar la problemática que nos convoca, en tanto establecen condiciones de posibilidad al mencionado diálogo y la construcción de indicadores. No sólo se requiere institucionalidad organizada y normativizada sino también dispuesta y capacitada para incorporarlos en su funcionamiento.

Han sido los influjos internacionales los que han instalado la cuestión de los indicadores culturales en la región. Nos referimos a los antecedentes que significan el Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, conocido como Nuestra Diversidad Creativa (1996) y el Plan de Acción producto de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo (Estocolmo, 1998). Asimismo cabe señalar que en Francia, ya en 1963 el Ministerio de Cultura creó el Departamento de Estudios y de la Prospectiva, que produce conocimientos estadísticos cuantitativos y cualitativos sobre el sector en áreas como gasto y financiamientos públicos, empleos y profesiones culturales, prácticas y públicos de la cultura (Tolila 2000). El *Institut National de la Sta-*

La investigación cultural suele abarcar espacios amplios en tanto se orienta por nociones socioantropológicas de cultura y por encuadres conceptuales transdisciplinarios.

tistique et des Etudes Economiques (INSEE), también aborda algunas de estas cuestiones pero como apunta Benhamou (1997:38) con otros criterios clasificatorios, por lo cual la consolidación de la información es imprecisa e incompleta. En Canadá, *Statistique Canada* viene desde comienzos de los años 70 reuniendo datos sobre cine, bibliotecas y museos (McPhie, 2000).

De esas y otras iniciativas en distintos países resultaron los Informes Mundiales de Cultura de la UNESCO publicados en 1999 y 2000, que incluyen explícitamente debates metodológicos sobre cifras, estadísticas e indicadores culturales y numerosas páginas conteniendo estos datos. La lista es muy numerosa para reproducirla aquí. Se encuentra organizada por regiones, países y áreas temáticas, mencionaremos entre otros datos: tirada diaria de periódicos por 1000 habitantes, número de ejemplares de libros publicados por 100 habitantes, títulos de libros publicados por 100.000 habitantes, número de obras que poseen las bibliotecas públicas por 100 habitantes, aparatos de radio por 1.000 habitantes, televisores por 1.000 habitantes, emisiones de radios culturales y emisiones de televisión culturales en porcentaje del total de programas, asistencia anual al cine por persona, número de largometrajes producidos, número de largometrajes importados, valor al por menor de las ventas de música grabada, distribución por tipo de música, porcentaje de grabaciones piratas, asistencia anual al teatro por 1.000 habitantes, giras de compañías teatrales por el extranjero, número de locales teatrales por 1.000.000 de habitantes, número de representaciones teatrales, asistencia anual por 1.000 habitantes, metros de archivos por 1.000 habitantes, visitas anuales de usuarios a los archivos por 10.000 habitantes y por empleado, visitas diarias a museos por empleado y por año, fiestas oficiales nacionales, bienes inscritos en la lista del patrimonio mundial, lugares del patrimonio en peligro, comercio de bienes culturales total, por habitante y por porcentaje del PBI, ratificación de convenios culturales.

Como puede verse en tales informes existen distintos criterios constructivos de

la información cultural, los que involucran debates conceptuales profundos y requieren modalidades de implementación dispares en los distintos espacios, local, estadual, nacional, regional, internacional. No resulta autoevidente si las “emisiones de radios culturales” incluyen o no a las producciones de medios comunitarios, barriales, sindicales, de pueblos indígenas, de credos religiosos, de minorías lingüísticas. Nos preguntamos si la definición de “locales teatrales” incluye sótanos, galpones, bares, casas de familia, tablados, que son el ámbito de la mayoría de las representaciones teatrales en lugares donde no priman las salas tradicionales. O si al enumerar y cuantificar los “bienes inscritos en la lista del patrimonio mundial” se ponderan las asimetrías de poder para lograr consensos sobre su inscripción.

Los avances internacionales sobre indicadores culturales operan como un contraste de interés para detectar nuestras carencias y favorecer iniciativas propias al respecto.

Creemos necesario subrayar la frecuente realización en Latinoamérica de prácticas en las que se opera la transpolación sin cuestionamiento de categorías y modelos no siempre adecuados a nuestras realidades. En este sentido los avances internacionales sobre indicadores culturales operan como un contraste de interés para detectar nuestras carencias y favorecer iniciativas propias al respecto. El problema es cuando estos avances se convierten en una presión hacia la comparabilidad global, por mejor intencionada que esta sea. ¿Sobre qué tipo de conceptos elaborar indicadores si estos no responden más que a las realidades de los países llamados avanzados? ¿Sobre qué clase de metodologías es dable discutir cuando la información básica no existe, está distorsionada o es inventada para la ocasión? ¿Qué es lo que comparamos realmente en esos casos? ¿No estamos a nuestro propio pesar comparando países ganadores y países perdedores de un modelo de desarrollo ampliamente denunciado por haberlos así ligado indisolublemente desde sus mismos inicios? ¿No se impone implícitamente más de lo mismo aun cuando se lo procure hacer desde una ‘ética universal’ atenta a la diversidad cultural como propone la UNESCO? Entendemos que si se pretende elaborar instrumentos de alcance universa-

lista debería indagarse más rigurosamente en las realidades locales. Esto no significa negar ni abandonar comparaciones necesarias, sino efectuar búsquedas que estén inscriptas en las sociedades mismas y que habiliten una comparación fundada, implica más bien establecer los términos en los que la comparativa es lícita y fructífera, superando supuestos etnocéntricos.

Como dijimos los indicadores forman parte del instrumental promovido por organizaciones internacionales y en tal sentido fungen como un tema de los Estados. Si bien el marco específico de la cuestión estaría dado por los gobiernos y sus instituciones, no es dable ignorar algunas precisiones fundamentales. En principio, la tendencia a la frecuente reducción de los presupuestos públicos y el llamamiento a la iniciativa privada y al tejido asociativo para que asuman costos y actividades que antes se atribuían a los Estados, por vías directas o de partenariado. Esto lleva a ver a los bienes y a los servicios culturales en sus interrelaciones específicas, sobre todo en esta región donde su funcionamiento muchas veces depende de esfuerzos individuales, de iniciativas colectivas autogestionadas, de asociaciones de amigos que recaudan fondos para bibliotecas y museos, de la labor voluntaria o involuntariamente gratuita de muchos agentes en festivales e instituciones, de pintores que donan sus cuadros para sostener museos y centros culturales, de actores que trabajan a riesgo de la boletería inclusive en teatros oficiales y comerciales. A ello deben sumarse las privatizaciones de las actividades culturales rentables y las apropiaciones privadas de manifestaciones comunitarias en las que sin inversión de capitales se producen cuantiosas externalidades.

La tríada público - privado - comunitario vuelve más complejo el funcionamiento de un mundo en alta medida subsumido al "modo empresarial de hacer cultura" y con dificultades para reposicionar el papel de los

Estados. Esto se torna especialmente claro en las industrias de la cultura, columna vertebral del sector por su importancia económica, por su potencial de dar difusión, visibilidad y reconocimiento a diversos tipos de expresiones, por su capacidad de vehicular identidades y de promover consensos. En Latinoamérica, no puede ignorarse que estas industrias responden a un sector privado escasamente regulado, cada vez más concentrado y transnacional, que con la incorporación de nuevas



tecnologías, formatos digitales y formas de comercialización, parece dirigirse más al agigantamiento de las brechas preexistentes que a la democracia cultural (García Canclini y Moneta 1999, AAVV 2003). Parte de esta concentración se funda en mecanismos que impiden la competencia y supervivencia de pequeñas, medianas y hasta grandes empresas, cual son el disponer de investigaciones de mercado e informaciones calificadas, el mantener en estricta confidencialidad la información propia, el hacer circular datos que por sesgos, o estimaciones deformadas inducen a error. La competencia desatada, la falta de registro y la subfacturación, la altísima evasión fiscal, la falta de controles y de penalidades sobre las empresas, y más en particular sobre las más grandes, siembran dudas sobre la veracidad y confiabilidad de sus informaciones.

En algunos casos la importancia concedida a los indicadores relativos al mercado cultural es vista acertadamente como subrepresentando las actividades de naciones e individuos pobres e ignorando manifestaciones no mercantiles (Goldstone 1999). A nuestro entender el conocimiento y el manejo de esos indicadores es fundamental para la elaboración de políticas culturales que permitan a los países pobres establecer los parámetros de sus propios intereses, las negociaciones y las regulaciones necesarias para lograrlo. También es necesario un conocimiento de la producción comunitaria, que sigue siendo el medio cultural de numerosas poblaciones

más allá de procesos de mercantilización y de institucionalización de la cultura, pero que además es el punto de partida de muchos de esos procesos y está involucrada en ellos. Por las propias características de esta producción comunitaria, los conocimientos no existen o son muy fragmentarios y dispersos, responden a intereses muy puntuales, a elaboraciones propias no siempre rigurosas o a formatos cumplimentados para satisfacer las expectativas de agencias de financiamiento. En este sentido constituye un verdadero desafío para la investigación recabar y sistematizar esta información que responde a parámetros muy diversificados pero que no puede ser desconocida. Para sintetizar digamos que la comprensión mediante indicadores de los bienes y servicios culturales públicos no puede aislarse de los provistos por el mercado, el sector asociativo y sus interrelaciones, por otra parte cada vez más crecientes y frecuentes.

Ahora bien, ¿qué clase de entidades serían las más adecuadas para abordar esta problemática que hemos señalado? A nuestro entender es en la coalición de intereses de diversos actores públicos, privados y asociativos, de distintos sectores, donde es posible cifrar expectativas favorables. Consideramos que una mirada atenta al bien común, garante de los derechos individuales, y respetuosa de los derechos colectivos, debe estar en vinculación con las agencias del Estado y debe mantener independencia de los gobiernos. Vinculación para no perder de vista lo público, lo nacional, lo regional, lo local y los niveles internacionales, y para mejor acceder a los datos, impulsar su relevamiento, promover los cambios necesarios en las metodologías de recolección y análisis por parte de organismos como Institutos de Estadísticas, Consejos de Investigación Científica, Fondos para las Artes y la Cultura, Ministerios. Independencia para evitar sesgos, promover la investigación en universidades, cátedras, observatorios, cámaras empresariales, sindicatos y federaciones, asociaciones de base y redes comunitarias. Es indudable que esta coalición de diversos agentes culturales es

Si bien la diversidad puede considerarse una cualidad propia y beneficiosa de la existencia biológica y de la vida cultural, en los últimos años se ha convertido en objeto de disputas económicas y de confrontaciones políticas.

algo a ser construido y que ello involucra debates y acuerdos. También es indudable que deben existir instancias previas que las impulsen y promuevan, y que como señalara Pattanaik (1999), los indicadores culturales en su función evaluativa se basan en “criterios normativos”, esto es orientaciones que pueden estimarse de interés general, lo que implica discusiones, conflictos y consensos.

Un problema crucial de los tiempos que corren es que, pese a décadas de debates, el desarrollo continúa siendo identificado con el crecimiento económico, y la cultura es vista como una dimensión instrumental del mismo (Yudice 2002), cuando no como un obstáculo. Desde esa mirada el espacio para los indicadores culturales reside en lo mercantil, lo rentable y lo dominante, en la industria cultural y en la alta cultura legitimada. En diversos documentos mencionados en este texto, la UNESCO ha discutido y planteado otras concepciones de cultura, de desarrollo y de bienestar humano en el mundo globalizado y sin espacios vacíos. En tal sentido si partimos de la pregunta ¿qué culturas para qué desarrollos? nos encontramos ante la necesidad de conceptualizar y de debatir los proyectos culturales y las políticas culturales de nuestra diversidad creativa en la clave de una ética universal, sin desconocer que esta universaliza particularidades hegemónicas coyunturales. Es aquí donde visualizamos las orientaciones necesarias para agrupar a distintos actores y diferentes sectores culturales en torno a la interacción, el respeto mutuo y el bien común.

Si bien la diversidad puede considerarse como una cualidad propia y beneficiosa de la existencia biológica y de la vida cultural, en los últimos años se ha convertido en objeto de disputas económicas (por su valor de mercado) y de confrontaciones políticas (por su significación identitaria y reivindicativa). Así la diversidad cultural se constituye como objeto de loas y de elogios (cfr. los Colores Unidos de Benetton) y a la misma vez, como un conjunto de problemas (cfr. discriminación, xenofobia, limpiezas étnicas), cuya reso-

lución oscila entre dos negaciones: el asimilacionismo universalista y el segregacionismo multiculturalista. Apartando los matices, puede considerarse que la bienvenida retórica que recibe la diversidad en la cultura entendida como sector autónomo de actividades intelectuales y artísticas que producen bienes y servicios transables en el mercado, contrasta con el rechazo práctico de la diversidad de la cultura entendida como los modos de convivencia legitimados por normas, valores y creencias adoptados por distintos grupos humanos, que blanden identidades en la lucha por el reconocimiento de sus intereses y su autonomía.

Diversos autores han señalado la necesidad de que los indicadores culturales amén de referir a la noción restringida de cultura se extiendan a su sentido amplio, ofreciendo descripciones y evaluaciones con criterios normativos que refieran a los “derechos humanos” (Sen 1999), al “bienestar” (Pattanaik 1999) o a “principios éticos universales” (Mc Kinley 1999). Sin entrar aquí a discutir la polisemia en ocasiones inconmensurable de estos términos, se trata de incluir dimensiones hasta el momento poco transitadas en la cultura como modo de vida, y de mejorar los indicadores de la cultura como sector y como espacio de excelencia creativa artística e intelectual. En este último aspecto es necesario reconocer el papel que juegan las culturas tradicionales e indígenas, las expresiones emergentes, las manifestaciones regionales no centrales, los migrantes, los creadores mediana o escasamente capitalizados, o directamente situados en la informalidad. Lo mismo vale para los actores con grados limitados de visibilidad, pero no por ello de menor significación a escalas locales, lo que plantea el hecho que no todo es cuantificable y los factores cuantitativos no deben obnubilar la importancia que amerita lo cualitativo.

En lo que hace a la cultura como modo de vida basado en instituciones y valores, Fukuda Parr (2000) retomando los procedimientos de elaboración del Índice de Desarrollo Humano, sistematiza seis dimensiones a

Es necesario desarrollar un mayor caudal de estudios de la economía cultural, que produzcan conocimientos sobre la conformación del sector, sus distintos dominios, las actividades industrializadas y las prácticas artesanales.

considerar para la selección de indicadores, que queremos enunciar sucintamente. Tres de ellas refieren a la cultura como fin, ligada al desarrollo como resultado, que son: la ética universal, la vitalidad cultural y la diversidad cultural. Otras tres refieren a la cultura como medio, ligada al desarrollo como proceso, que son: la participación en la actividad creativa, el acceso a la cultura y la convivencia. Según este autor, los indicadores culturales actuales (relevando cuestiones como incidencia de bienes y servicios cultu-

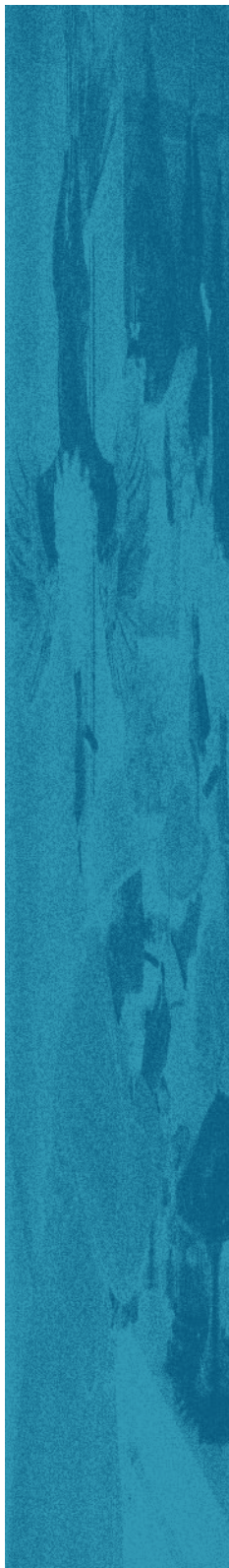
rales en la generación de riquezas, tasas de alfabetización, existencia de *medias*, creación artística, preservación del patrimonio, etc.) se ocupan fundamentalmente de la vitalidad cultural usualmente ligada al mercado, pero no prestan similar atención a las cinco dimensiones restantes. En tal sentido considera de importancia estimar el cumplimiento de los derechos humanos como indicador de una ética universal; el acceso y la participación de las minorías, su representación y la equidad de trato como indicadores de la diversidad cultural; las posibilidades de expresión de la identidad y la efectiva protección de los derechos culturales como indicadores de la convivencia. Esto involucra un ambicioso proyecto que es necesario expandir y precisar en pos del despliegue de políticas culturales inclusivas y democráticas.

NOTAS FINALES

A partir de lo planteado más arriba, consideramos que es necesario emprender y desarrollar un mayor caudal de estudios de la economía cultural, que produzcan conocimientos sobre la conformación del sector, sus distintas ramas, dominios y disciplinas, las actividades industrializadas y las prácticas artesanales. Aun cuando se sabe poco de la producción, distribución y consumo de los bienes y los servicios culturales, también es necesario incluir en los análisis la cuestión de los derechos (de autor, conexos, de transmisión, de reproducción, de propiedad intelectual) que vienen adquiriendo creciente peso económico e incrementando brechas

en el sector. Asimismo es preciso considerar la investigación específica sobre distintas fases de los procesos productivos como la creación, la interpretación, la comercialización, el atesoramiento, en distintos dominios, disciplinas y prácticas, en las que intervienen numerosos agentes y se agrega la cadena del valor. Esto requiere el trabajo de investigadores de distintas formaciones académicas, el debate y la puesta en relación de enfoques y resultados tanto cuantitativos como cualitativos.

En este marco entendemos que es necesario potenciar la confección de estudios analíticos, de informes descriptivos y de estadísticas del sector cultural, la elaboración de sistemas de información cultural y de cuentas satélite de cultura, y el diseño de indicadores culturales cualitativos y cuantitativos. Ya existe una labor acumulada de Argentina y la región latinoamericana, más todavía de países “avanzados” y de organizaciones internacionales que puede y debe ser utilizada y afianzada. No a la manera de un modelo a imitar, que conduciría a comparaciones viciadas, sino al modo de experiencias que pueden echar luz sobre los caminos más adecuados a elegir acorde a nuestras propias realidades regionales, nacionales, locales, lo que sí nos permitiría contrastarlas legítimamente con otros contextos. Esto es muy relevante en Estados nacionales donde coexisten modos de vida con distintos objetivos económicos, distintas formas de propiedad y tenencia de la tierra, diferentes formas de concebir e interactuar con la naturaleza, lo sagrado, el propio cuerpo, los “otros”. Especialmente deben considerarse las actuales lagunas, inexistencias e invenciones *ad hoc* de informaciones, las dificultades y barreras



de acceso público a las mismas, el escaso o nulo registro con criterios consistentes y perdurables, la falta de conservación, archivo y sistematización, que limitan e inhiben proyectos de pesquisa.

En tal sentido se trata de producir indicadores que nos hagan saber los tipos y volúmenes de las producciones culturales nacionales y regionales, el peso relativo de las distintas ramas y complejos productivos, el volumen de las exportaciones e importaciones de bienes y servicios culturales, los equilibrios de esos intercambios en sus diversos rubros. Ello permitiría evaluar en comparación con otros, ponderar oportunidades y desventajas, definir necesidades y prioridades, y diseñar estrategias. Pero no menos necesarios son indicadores que den cuenta de lo propio y de su asunción de la diversidad, de la oferta de nuestros servicios públicos culturales, de su accesibilidad y de su apertura a distintas expresiones y a diversas demandas. Así como se requieren indicadores relativos a la no discriminación de las minorías; al reconocimiento efectivo de diferentes colectividades y grupos étnicos, sus prácticas matrimoniales y sus medicinas tradicionales; al respeto de espacios y tiempos sagrados de diversas creencias religiosas; a la posibilidad de expresarse en la propia lengua, la promoción del bilingüismo y de la educación intercultural.

La coalición entre actores públicos, privados y comunitarios, la cooperación regional e internacional pueden contribuir para avanzar positivamente en estos conocimientos necesarios para el buen diseño de políticas culturales. Las investigaciones deberían dirigirse a elaborar conocimientos e indicadores tanto para los bienes y servicios culturales, las industrias

culturales y los dominios culturales institucionalizados, como para las manifestaciones emergentes y las dimensiones más amplias de la cultura como modo de vida en común. Sus resultados deberían dirigirse a la conformación de diversos *corpus* documentales e informativos gerenciados por oficinas permanentes de monitoreo y evaluación, y también a la edición y difusión de esos datos en la web que los hiciera consultables, accesibles

y sobre todo públicos. Ello podría viabilizar el diseño de políticas culturales susceptibles de participación, seguimiento y evaluación, claramente inscriptas en la democracia cultural. Esto permitiría ampliar las capacidades humanas, ensanchar el abanico de las opciones de grupos e individuos, y brindar posibilidades efectivas de elegir y decidir sobre la vida deseada, como proponen las perspectivas actuales sobre el desarrollo. ●

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2003). *Industrias Culturales: mercado y políticas públicas en Argentina*. Ediciones CICCUS-Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires.
- Achugar, Hugo (1999). "La incomprensible invisibilidad del ser económico, o acerca de cultura, valor y trabajo en América Latina". En: García Canclini, N. y Moneta, C. (Coords.) *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Achugar, Hugo (2003). "Una fotografía a mediados del año 2002" En: Achugar, H. et al. *Imaginarios y consumo cultural. Primer Informe nacional sobre consumo y comportamiento cultural*. Uruguay 2002, pp. 7-39, CEIL/ FHCE/ UDELAR- Ediciones Trilce, Montevideo.
- Bayardo, Rubens (2007). "Cultura y desarrollo: ¿nuevos rumbos y más de lo mismo?" En: Marchiori Nussbaumer, Gisele (Org.) *Teorías & políticas da cultura. Visões multidisciplinares*. Editora da UFBA, Salvador, Bahía, Brasil.
- Bayardo, Rubens (2008). "Políticas culturales en Argentina" En: Rubim, A. y Bayardo, R. (Org.) *Políticas culturais na Ibero-América*, Editora da Universidade Federal da Bahia, Salvador, Brasil.
- Bayardo, Rubens (2008). "Políticas culturales: derroteros y perspectivas contemporáneas". En: *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, vol. 7, num. 1, pp. 17-30, Servizio de Publicações da Universidade de Santiago de Compostela.
- Benhamou, François (1997). *La economía de la cultura*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- Cardona, Janine y Rouet, François (1987). "Comment structurer le champ culturel?" En: Dupuis, X. y Rouet, F. (Eds.) *Economie et culture. Les outils de l'économiste à l'épreuve*. Ministère de la Culture et de la Communication, Paris.
- Fukuda Parr, Sakiko (2000). "A la recherche d'indicateurs de la culture et du développement: avancées et propositions". En: UNESCO, *Rapport mondial sur la culture. Diversité culturelle, conflit et pluralisme*, Editions UNESCO, París.
- García Canclini, Néstor (1998). "Qué hay para ver: mapas de la oferta y prácticas culturales" En: *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, Universidad Autónoma Metropolitana, Editorial Grijalbo, México.
- García Canclini, Néstor (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Paidós, Buenos Aires.
- García Canclini, N. y Moneta, C. (Coords.) (1999). *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, EUDEBA, Buenos Aires.

- Getino**, Octavio (1995). *Las industrias culturales en Argentina. Dimensión económica y políticas públicas*. Colihue, Buenos Aires.
- Getino**, Octavio (2007). “La cultura como capital” en: *INTERLOCAL Red Iberoamericana de Ciudades para la Cultura* <http://www.redinterlocal.org/spip.php?article220>
- Goldstone**, Leo (1999). *Proceedings of the Seminar Measuring Culture and Development: Prospects and Limits of Constructing Cultural Indicators*. Conference organized by The World Bank and the government of Italy in co-operation with UNESCO, “Culture Counts” (Florence, Italy, 4-7 october).
- McKinley**, Terry (1999). “Medida de la contribución de la cultura al bienestar humano: indicadores culturales del desarrollo”. En: *UNESCO, Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados*, UNESCO- Acento- Fundación Santa María, Madrid.
- McPhie**, Paul (2000). “Le programme national canadien de statistiques de la culture: un quart de siècle d’existence”. UNESCO, *Rapport mondial sur la culture. Diversité culturelle, conflit et pluralisme*, Editions UNESCO, París.
- Miralles**, Eduard (2006). “Más allá de la gestión cultural: algunas estrategias para una(s) nueva(s) política(s) pública(s) para la cultura”. *Ponencia en el Encuentro INTERCULTURA de Gestión Cultural Municipal*, Puerto Octal, Región de Los Lagos, Chile.
- Pattanaik**, Prasanta (1999). “Indicadores culturales del bienestar: algunas cuestiones conceptuales”. En: *UNESCO, Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados*, UNESCO- Acento- Fundación Santa María, Madrid.
- Sen**, Amartya (1999). “Cultura, libertad e independencia”. En: *UNESCO, Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados*, UNESCO- Acento- Fundación Santa María, Madrid.
- Stolovich**, Luis et al (1997). *La cultura da trabajo. Entre la creación y el negocio: economía y cultura en el Uruguay*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- Tolila**, Paul (2000). “La culture et ses chiffres: un regard sur l’experience française”. UNESCO, *Rapport mondial sur la culture. Diversité culturelle, conflit et pluralisme*, Editions UNESCO, París.
- UNESCO** (1996). *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, Ediciones UNESCO, París.
- Yudice**, George. (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Gedisa, Barcelona.

